

que, al recibir por conducto de Bubna la respuesta del canciller sueco, la ensalzara y dijera que no había medio mejor y mas seguro de obtener la paz. El día 21 de junio, es decir, antes aun de que Arnim regresara, Thurn, Bubna y Trzka celebraron una entrevista en la cual acordaron prorogar el armisticio, y poco despues presentóse Bubna con la noticia que á todos sorprendió de que Wallenstein se negaba á toda inteligencia, pretextando que no le parecia llegado todavía el momento oportuno, oyendo lo cual Thurn y Bubna montaron en cólera, diciendo que ojalá no se hubiesen enredado en un asunto que solo podia atraerles compromisos y censuras. La noticia era cierta: en el momento en que parecia haberse llegado á la meta, Wallenstein rompió formalmente las negociaciones y ordenó al mismo tiempo á Kinsky que suspendiera las que tenia entabladas con Feuquieres. ¿Cuáles eran las razones que impulsaban á Wallenstein á cambiar tan repentinamente de conducta?

Ante todo debe tenerse en cuenta, para comprender este cambio, que la contestacion de Oxenstierna, redactada en términos secos y sin ambages ni rodeos, le abrió los ojos, haciéndole ver toda la trascendencia de la determinacion que estaba á punto de tomar. Es muy posible que su primera intencion fuera únicamente engañar y dividir á sus adversarios y que nunca pensara en separarse formalmente del emperador sino tan solo en la posibilidad de obligar á este á aceptar las condiciones que él otorgara, tampoco habia roto sus relaciones con la corte imperial, antes al contrario habia enterado á esta y al mismo elector de Baviera por lo menos del armisticio y de las negociaciones con Sajonia, que hasta cierto punto podian ser consideradas como continuacion de las iniciadas en Leitmeritz, aunque preciso es confesar que no debió enterarles de todo, pues ya se comprenderá que no habia de darles cuenta de ciertas estipulaciones bastante peligrosas. Así, por ejemplo, no dijo al emperador que hubiese aceptado el año normal de 1618, antes al contrario le manifestó que los sajones lo habian propuesto, pero que él «lo habia rechazado categóricamente.» De todos modos despréndese de esto que Wallenstein distaba mucho de tener el propósito de abandonar del todo al emperador y que mas bien se esforzaba por demostrar, cuando menos en apariencia, una lealtad absoluta. La carta de Oxenstierna y la conducta de Thurn le habian demostrado que estos querian llevarle mucho mas léjos de lo que él en un principio se habia propuesto. Por otra parte, llegó entonces á su noticia que el duque de Feria, cuya presencia en Alemania habia sido la causa primordial de su disgusto, se pondria á sus órdenes. Pero mucho mas que todas estas razones pesó en su ánimo la consideracion de que ni Suecia ni los electores protestantes habian acogido sus proposiciones con el entusiasmo que él habia creído. De los últimos acababa de traerle Arnim una contestacion si no del todo negativa, por lo menos muy llena de reservas; y en cuanto á Oxenstierna, la manera como se habia expresado denotaba á las claras que no estaba dispuesto á seguir el mismo camino que Wallenstein habia propuesto, pues mientras este queria que primero se conviniera la paz y luego los ejércitos se encargaran de hacerla cumplir, el canciller pretendia de un modo claro y concreto que ante todo el general se rebelara contra el emperador y que una vez dado este paso se procediera á una accion comun. Y aun cuando Wallenstein hubiera tenido realmente la intencion de hacer lo que de él se exigia, cosa mas que dudosa, no habria creído en manera alguna que aquel fuese el momento oportuno para dar un paso tan arriesgado. Además no estaba bastante seguro de su ejército: precisamente cuando las negociaciones quedaron nuevamente rotas habia Wallenstein despedido á una porcion de oficiales que no le

inspiraban confianza y trataba á otros tan mal que voluntariamente se separaron del ejército. Sin embargo, desde el momento en que no queria aun dar el paso decisivo, érale preciso llegar sin pérdida de tiempo á un rompimiento si queria contrarestar la desconfianza que, como sabia muy bien, iba en aumento en Viena. A todo esto cayó en su poder una carta imprudentemente escrita por Thurn, y cuando Arnim, á su regreso no quiso prorogar el armisticio, Wallenstein, en la entrevista celebrada en Strehlen con este objeto, exigió lo que los sajones no podian conceder, es decir, que le cedieran para cuarteles todas las ciudades de aquende el Oder. Habiéndose negado á ello Arnim, pidió cuando menos la cesion de los principados de Schweidnitz y Janer, y como tampoco fuera aceptada esta pretension, el armisticio fué definitivamente denunciado el día 2 de julio. Wallenstein no quiso saber nada mas de las negociaciones hasta entonces seguidas.

Aquella misma tarde púsose en marcha para atacar la plaza fuerte de Schweidnitz, de la que pensaba apoderarse por sorpresa; pero su plan fracasó por la valerosa resistencia que le opuso la guarnicion de aquella ciudad, mandada por el teniente coronel Schonfelser, y por la lluvia que mojó la pólvora de los imperiales; y habiendo Arnim salido de Brieg para socorrer á la plaza, trabóse junto á las murallas de esta un combate que, sin ser decisivo, ocasionó grandes pérdidas al ejército de Wallenstein. Despues de este combate ambos ejércitos acamparon frente á frente en los alrededores de la ciudad, donde el general imperial levantó un campamento fortificado. Al mismo tiempo Holck, obedeciendo las órdenes de Wallenstein, salió de Bohemia é invadió Sajonia devastando los territorios del elector. Parecia, pues, que se reanudaban seriamente las hostilidades.

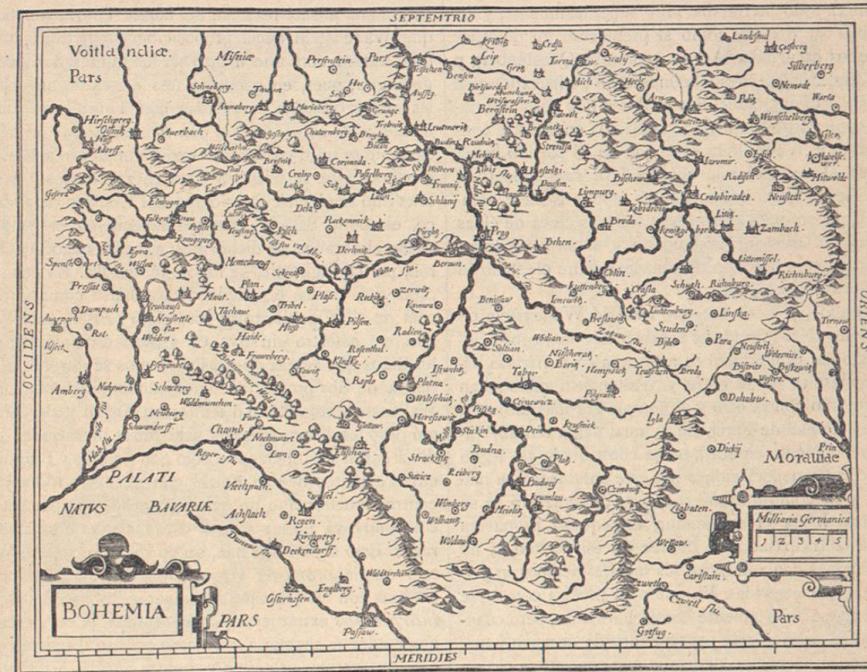
Entretanto habian llegado á conocimiento de Wallenstein noticias cada vez más graves acerca de las maquinaciones que contra él tramaba en Viena el partido de sus enemigos, noticias que le indujeron á reanudar las negociaciones, esta vez con el indudable propósito de ponerse de una vez á cubierto de esas intrigas del partido católico-jesuita que hacia tiempo trabajaba á la callada contra él, uniéndose para ello real y efectivamente á los enemigos del emperador.

El espíritu si no de verdadera hostilidad, por lo menos de descontento y de envidia que contra Wallenstein reinaba en la corte de Viena y que paso á paso le empujaba por el camino ya por él emprendido, no era hijo de su conducta ambigua y de su negligencia en la direccion de la guerra de Silesia, sino que obedecia á causas mas importantes y mas antiguas. En primer término, Maximiliano de Baviera, aun antes de que Wallenstein pensara en abandonar la senda de la lealtad, estaba vivamente indignado contra él y trabajaba por destruir la reputacion de que el general gozaba en la corte del emperador. Ya en la primavera de 1633, cuando, segun hemos visto, Bernardo de Weimar y Horn comenzaron á amenazar seriamente su territorio, se habia irritado sobremanera porque Wallenstein ni se habia apresurado á ir personalmente en su ayuda ni habia querido que Aldringer se pusiera á sus órdenes y antes bien le habia mandado que procurara mantenerse á la defensiva, «no aventurando nada» y no perdiendo un momento de vista Bohemia. Esta orden y otra análoga dirigida á Holck obedecian á la creencia en que estaba Wallenstein de que la marcha de Bernardo sobre Baviera no era sino una diversion para ocultar el plan final de atacar á Bohemia desde el Oeste. Maximiliano, en cambio, creía tener motivos para opinar — y los sucesos posteriores le dieron la razon — que el propósito principal del enemigo era realizar un ataque con-

tra Baviera y que Wallenstein habia dado aquella orden á Aldringer únicamente para perjudicarle á él, contra quien estaba irritado por la conducta hostil que habia observado en la dieta de Ratisbona. El elector bávaro instaba de continuo al emperador para que pusiera á Aldringer bajo sus órdenes. Wallenstein no podia ni queria naturalmente acceder á tal pretension, pues toda la fuerza de su posicion descansaba precisamente en que no hubiera mas jefatura que la suya, y el mismo emperador no estaba dispuesto, al principio, á ceder á las instancias de Maximiliano, habiendo manifestado terminantemente á Questenberg que no queria dar

sobre este particular orden alguna á Wallenstein, de quien todavia aseguraba entonces tener el mejor concepto. Para formarse idea clara del estado de las cosas se dirigió Fernando al mismo Aldringer, el cual declaró estar completamente conforme con las órdenes de su generalísimo que le mandaban mantenerse á la defensiva, pues era muy dudoso que en caso de atacar se consiguiera una victoria, y una derrota podia destruir todos los cálculos del general en jefe.

De este modo quedó completamente restablecida la reputacion de Wallenstein y el elector Maximiliano volvió á ser su enemigo irreconciliable y á intentar oponerse constante-



Mapa de Bohemia. Facsímil reducido del grabado publicado en el *Theatrum Europaeum*, 1637

mente á sus mandatos, tentativas que necesariamente debia rechazar el general si queria conservar incólume su respetabilidad como general en jefe único del emperador. Pero el elector de Baviera encontró en la corte de Viena un poderoso aliado contra Wallenstein en la persona del embajador español Castañeda, el cual estaba profundamente disgustado contra aquel por la oposicion enérgica que habia hecho al plan del gobierno de España de llevar á Alsacia un ejército al mando del duque de Feria. Sin embargo, Wallenstein tenia para protestar, además de la razon personal de no querer consentir á su lado un segundo general por oponerse á ello el convenio de Znaim, otros motivos políticos de verdadera importancia. En efecto, sostenia fundadamente que aquella determinacion de la corte de Madrid irritaria á los Estados protestantes y aun á los católicos, y que la presencia de un nuevo ejército extranjero en Alemania motivaria una intervencion de Francia y haria fracasar las negociaciones de paz comenzadas. En una carta dirigida al emperador le decia: «que los que tal cosa aconsejaban, ó no sabian lo que traían entre manos, ó no tenian para nada en cuenta el fomento del servicio de Su Majestad Imperial.» Finalmente declaró Wallenstein que en ningun caso podria enviar al duque

de Feria tropas de auxilio porque las necesitaba imprescindiblemente para defender á Bohemia. Al general no pudo ocultársele que sus enemigos, al exigir que destinara á España un cuerpo auxiliar, lo que se proponian en primer término era debilitar sus recursos militares.

Al principio el emperador se conformó con esas observaciones de Wallenstein y declaró repetidas veces que era imposible la marcha de tropas españolas á Alemania; pero al fin cedió á las apremiantes instancias de Castañeda y de sus aliados en la corte de Viena y otorgó el paso deseado al cardenal infante D. Fernando, al duque de Feria y á sus tropas españolas é italianas. Cierto que se procuró tranquilizar á Wallenstein diciéndole que se habia mandado á Feria que se pusiera á sus órdenes; pero de todos modos se habia dado el primer paso para quebrantar las promesas hechas á Wallenstein en Znaim y Gollersdorf.

Otro paso se dió en este mismo sentido aunque en distinto asunto. Entre los enemigos de Wallenstein, de cuyas intrigas estaba este perfectamente enterado por sus parciales, comenzó entonces á desempeñar un papel importante el confesor del emperador, Lamormain, que le odiaba mortalmente y que, faltando abiertamente á lo convenido con el

general, empezó á mezclarse en los asuntos políticos, sin que lograran evitarlo los amigos de aquel, el príncipe de Eggenberg, Questenberg y otros, que á este efecto gestionaron ya durante el verano de 1633. Wallenstein, que sabia todo esto, comenzó á temer por su posición. El disgusto que á consecuencia de esto se apoderó de él, y que tan decisiva influencia tuvo en la marcha de sus negociaciones con Suecia y Sajonia, era justificado y así lo demuestra una carta que en 1.º de agosto le dirigió Questenberg y en la cual decía este: «Estoy bebiendo tragos muy amargos y mi repugnancia aumenta al ver que hay que negociar tanto para no conseguir nada.» Nadie quería poner formalmente manos á la obra; todo se trataba muy superficialmente, y los que elevaban su voz era como si predicaran en desierto, pues nadie los escuchaba. Así se expresaba Questenberg y preciso es confesar que mas claramente no podía expresarse un consejero del emperador. Era evidente que entonces, como en 1630, un partido influyente trabajaba en la corte contra el general, y Wallenstein supo que aquel partido había logrado que el emperador le enviara á su campamento al presidente del Consejo áulico militar, conde Schlick, también enemigo suyo, para apoyar una vez más cerca de él las pretensiones del elector Maximiliano y al propio tiempo para practicar una minuciosa información sobre el estado en que se encontraba el ejército.

Impresionado por tales noticias resolvió Wallenstein en el campamento de Schweidnitz entablar nuevas negociaciones con Sajonia. El conflicto se aproximaba; el partido bávaro-hispano-jesuita de la corte y Wallenstein marchaban directamente uno contra otro y el choque era inevitable. La cuestión del duque de Fera, de la cual había tenido Wallenstein conocimiento en abril, había contribuido ya, según hemos visto, á las negociaciones por este entabladas en mayo y junio, y así como durante el año 1632 perseveró en su conducta leal hacia el emperador, en aquella primavera de 1633 había traspasado los límites de esa lealtad, si no con proposiciones concretas, con sus manifestaciones en parte excesivamente atrevidas. Ya entonces parecía como que quisiera rebelarse abiertamente contra Fernando; pero cuando Oxenstierna calificó este pensamiento de decisivo y manifestó que de su ejecución dependía que concediera el apoyo que de él se solicitaba, Wallenstein rompió de pronto y sin mediación de nadie las negociaciones, dando con ello lugar á que aquellos con quienes había estado en tratos pudieran creer que en el fondo no había tenido otra intención que la de llevar engañados á sus adversarios é introducir la división entre ellos. En realidad esta explicación de aquellas negociaciones era perfectamente posible. Wallenstein se salía siempre de lo ordinario en sus manifestaciones y en sus proyectos, y tanto como era prudente en escribir era fogoso y destemplado en las discusiones. Complacía en representar el papel de potencia superior á los dos partidos y dotada de una autoridad que podía utilizar contra cualquiera, incluso contra el emperador, para conseguir la paz que era su principal objetivo. «La libertad y el poderío le irritaban.» ¡Cuán frecuentes son en la historia universal, especialmente en el Oriente, los ejemplos de caudillos que al frente de sus ejércitos han asumido todo el poder político y combatido á un partido hostil á ellos en la corte! Una situación así era la que pudo señalarse como objetivo. Los ejércitos, al revés de los escritores y de los clérigos, habían de acabar la guerra por su propia voluntad y según sus intenciones finales; pero cuando la contestación de Oxenstierna le convenció de que esto solo podía conseguirse separándose francamente y sin consideración alguna del emperador, prefirió apartarse del camino peligroso en que se había colocado.

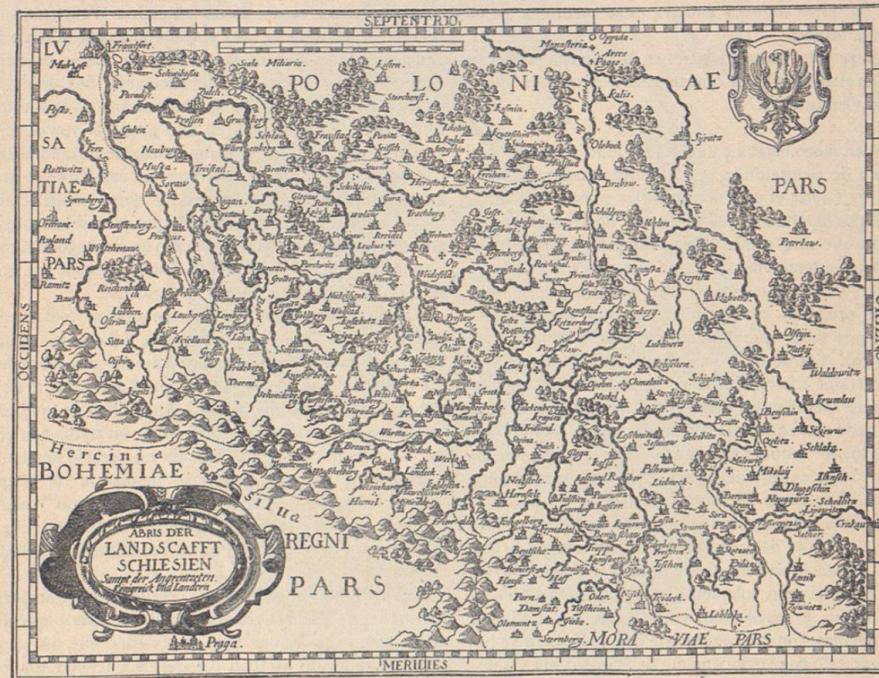
Pero como llegaron entonces á sus oídos noticias de Viena cada vez mas amenazadoras, que parecían indicar el peligro de una nueva destitución, Wallenstein pensó ya seriamente en ponerse á cubierto de las intrigas de sus enemigos en la corte de Viena uniéndose para ello con sus adversarios en la guerra. Tal fué el objeto de las nuevas negociaciones que en 16 de agosto entabló con Arnim: los datos que acerca de ellas tenemos son por desgracia tan contradictorios que apenas es posible precisar en qué paró el propósito final que le había movido á entablarlas. Probablemente todas esas contradicciones que observamos en las fuentes de observación y que encontramos hasta en las diversas cartas de una misma persona, del conde Thurn, son debidas á que Wallenstein hacia proposiciones muy diferentes según que tratara con uno ú otro de los interesados. Hemos de distinguir, pues, en conjunto tres clases de negociaciones: las ostensibles, las entabladas con Thurn y Arnim juntamente, y las seguidas solo con Arnim. En las primeras únicamente se trató en un principio de un nuevo armisticio que efectivamente se puso en vigor en 22 de agosto, y en ellas intervino también el presidente del Consejo de guerra áulico, el conde Schlick, que permaneció en el campamento desde el 18 al 20 de dicho mes: aquellas negociaciones fueron, por consiguiente, de índole inofensiva. En cuanto á las otras dos clases, no puede determinarse con seguridad en cuál de ellas manifestó su verdadero pensamiento Wallenstein, ese maestro sin rival en astucia diplomática; pero de los datos que acerca de ellas poseemos se desprende la existencia de dos proyectos completamente distintos: uno, que Wallenstein solo debió discutir con Arnim y al cual se acogió después de una manera para todos inesperada, que tendía á entrar en inteligencia solo con Sajonia y Brandeburgo, cuyos ejércitos debían unirse con el suyo y todos juntos ir contra aquellos que no quisieran aceptar la paz entre ellos convenida, ya fuesen Suecia ó Francia, ya el mismo emperador. Esto significaba que, según dicho proyecto, Wallenstein quería promover la paz en Alemania por medio de alianzas con los príncipes alemanes y sin el concurso de los interponentes extranjeros y luego obligar, si era necesario, al emperador á aceptarla y en caso preciso dirigirse en unión con los electores protestantes contra Suecia. A juzgar por su conducta posterior, casi puede suponerse que este proyecto, que no traía necesariamente consigo un rompimiento fustoso con el emperador, era el que mejor respondía á sus verdaderas y mas íntimas inclinaciones; pero fracasó porque no quiso aceptarle Arnim, á quien repugnaba la exclusión de Suecia y la tendencia eventualmente contraria á esa nación que aquel proyecto entrañaba. En cuanto á la existencia de ese proyecto de unión de Wallenstein únicamente con Brandeburgo y Sajonia y con exclusión de Suecia, es innegable y el mismo Arnim se lo confesó así á Oxenstierna.

Completamente distinto de este era el otro proyecto que, al fracasar el primero por la noble actitud de Arnim para con Suecia, sirvió de punto de partida para las posteriores negociaciones. Por virtud de él la unión de los ejércitos no debía limitarse á Brandeburgo y Sajonia, sino comprender también á Suecia, y aun había de formarse una liga con todas las potencias antihabsburguesas, con Francia, Holanda y el príncipe Jorge Rakoczy de Transilvania, y una vez unidos todos atacar á la casa de Austria. Para realizar este vasto plan habíanse repartido los papeles del modo siguiente: el duque Bernardo y Holck debían dirigirse contra el elector de Baviera y Horn contra Fera, y en cuanto á Francia su misión había de consistir en luchar contra España en Italia. Wallenstein quería retirarse á Bohemia para desde allí lanzarse de pronto sobre Austria y Estiria. No es, pues, de extrañar

que Thurn, que tomó parte en las conferencias celebradas con motivo de ese proyecto, se mostrara alegre y encantado de tales propósitos y que, siguiendo su sistema excesivamente optimista, escribiera en 27 de agosto á Oxenstierna: «No tenga Vuestra Excelencia la menor duda de que se ha decidido echar al emperador á España.» Thurn creía con toda seguridad que después de esto se haría necesaria la elevación de Wallenstein al trono de Bohemia.

Aun cuando pudo muy bien suceder que Thurn se abandonara á esperanzas excesivas y que entendiera mal y exagerara algunas manifestaciones de Wallenstein, es indudable

de todos modos que aquella vez el generalísimo imperial fué en sus conversaciones con Arnim mucho mas allá de lo que hasta entonces había ido, y por muy vagas y prudentes que fueran las manifestaciones que Arnim, aleccionado por la experiencia, hizo al canciller sueco respecto de los proyectos de Wallenstein, es lo cierto que de aquellas negociaciones había sacado la impresión de que el general estaba mucho mas disgustado que nunca contra el emperador y de que aquella vez eran realmente formales sus ofrecimientos. Sin embargo, en punto á detalles nada concreto se había resuelto, y para convencerse de ello no tenía Arnim mas que re-



Mapa de Silesia. Facsimile reducido de un grabado publicado en el *Theatrum Europaeum*, 1637

cordar la gran contradicción que existía entre los dos proyectos sobre los cuales se había negociado. ¿Quién garantizaba que aquel hombre versátil, sujeto á mudanzas que excluían toda previsión y todo cálculo, no volvería á acogerse pronto á aquel primer proyecto que la resistencia de Arnim había hecho fracasar? Para Arnim era un hecho de capital importancia el haberle Wallenstein ofrecido entonces una especie de garantía al expresarse con tanta franqueza al formularle la pregunta decisiva de si estaba completamente seguro de su ejército para el caso de tener que separarse abiertamente de la causa del emperador. El general no había reparado en decir que no podía responder en absoluto de todos los regimientos, y respecto de seis manifestó no estar muy seguro, ofreciendo en su consecuencia ponerlos á las órdenes de Arnim. Este, en vista de ello, creyó que era cosa formal la unión de los ejércitos para realizar el objetivo común.

Pero ¿cuál era ese objetivo? Según las manifestaciones de Arnim, los ofrecimientos de Wallenstein tendían á que en el imperio romano todas las cosas, así civiles como eclesiásticas, volvieran al ser y estado que antes tenían, y para ello había brindado «muy solemnemente á volver sus armas contra todos aquellos *sin distinción alguna* que á tal fin se

opusieran y á no descansar hasta que tan anhelado objetivo se consiguiera.» Esta proposición, que en el fondo se derivaba de los planes discutidos en junio, descansaba esta vez sobre un fundamento mas sólido por virtud de la oferta de poner á las órdenes de Arnim algunos regimientos imperiales. En aquella ocasión, además de tratarse del restablecimiento del antiguo estado de cosas en el reino de Bohemia, incluso de su carácter de monarquía electoral, se habló también especialmente del destierro de los jesuitas á quienes Wallenstein odiaba tanto como los protestantes.

Con esas proposiciones de Wallenstein abandonó Arnim el campamento á fines de agosto para avistarse primero con su elector y después con el canciller sueco.

Antes que él había salido del campamento el presidente del Consejo de guerra áulico, Schlick, cuya misión ostensible había sido inducir á Wallenstein á que pusiera á disposición del elector Maximiliano, que se encontraba en situación apuradísima, el cuerpo de ejército que mandaba Aldringer reforzado con 4.000 hombres de los que á sus órdenes tenía Holck. Según la relación que Schlick hizo en Viena, Wallenstein consintió en ello, siquiera condicionalmente, y ordenó á Aldringer «que se atuviera y ajustase en todo á los

mandatos de Su Alteza electoral, como se deseaba, pero con la reserva de no consentir que le obligaran á poner sitio á ninguna plaza.» Como se ve, Wallenstein no queria ni podia acceder á que el cuerpo de ejército de Aldringer quedara anulado dentro del ejército español. El general cedió en todo aquello en que pudo ceder.

No se sabe con seguridad si Wallenstein sospechó algo de la mision secreta de Schlick: esta mision reservada y no del todo sin éxito consistia en disponer el ánimo de Gallas, Piccolomini y otros elevados oficiales de tal manera que el emperador, «en caso de que sus relaciones con el duque de Friedland sufrieran algun cambio por causa de enfermedad ó por otro cualquier motivo,» pudiera estar seguro de su inquebrantable lealtad.

En el entretanto las negociaciones entabladas en Silesia quedaron en suspenso hasta que regresara Arnim de conferenciar con Oxenstierna.

El canciller sueco estaba ya enterado de lo ocurrido en el campamento de Schweidnitz por las cartas exageradamente optimistas de Thurn, el cual al escribirlas se habia propuesto destruir principalmente en el ánimo de Oxenstierna la desconfianza que este sentia hácia Wallenstein y que habia aumentado considerablemente desde la ruptura de las negociaciones de julio. Aun cuando Thurn no logró por completo lo que se proponia, consiguió sin embargo que el canciller, despues de saber que Wallenstein estaba formalmente disgustado con la corte de Viena, consintiera en entrar nuevamente en tratos con él. El día 10 de setiembre Oxenstierna se avistó en Gelnhausen con Arnim, quien por el camino habia celebrado una entrevista con su elector en Grossenhain, y aun cuando de lo que aquel le dijo sacó la impresion de que los ofrecimientos de Wallenstein «para ser tomados como simple broma resultaban una broma demasiado burda,» apenas abandonó su reserva, pues hartó triste experiencia tenia de la astucia y doblez del general. Ante todo temia que este acabara por acogerse en definitiva á la idea de una union con Sajonia y Brandeburgo solamente, dejando fuera de ella á Suecia, y Arnim, á quien tampoco inspiraba el asunto una absoluta confianza, hubo de confesarle que realmente se habia hablado de esto en el campamento de Schweidnitz. Oxenstierna no quiso naturalmente desentenderse por completo de esa cuestion que, de ser realmente formal, tenia grandísima importancia; así es que en definitiva se contentó con hacer algunas manifestaciones bastante generales y vagas que en el fondo significaban que Wallenstein debia comenzar por probar con sus actos que sus propósitos eran serios antes de que pudiera pensarse en prestarle eficaz apoyo. En su consecuencia encargó á Arnim «que estimulara al duque de Friedland y le asegurara que, si llevaba adelante sus propósitos, ni él ni sus amigos le abandonarían.»

Además encargó al duque Bernardo que acudiera, en cuanto necesitara de su auxilio, á socorrer al feldmariscal Kolk, el confidente de Wallenstein, que precisamente falleció en aquellos dias de muerte repentina. Por lo demás, el canciller resolvió redoblar su circunspeccion y adoptar todas las medidas militares necesarias para estar á cubierto de cualquier ataque de Wallenstein en el caso de que nuevamente se rompieran las negociaciones.

En cambio, el elector Juan Jorge, con quien Arnim durante el viaje de regreso conferenció en Moritzburgo el 16 de setiembre, mostrábase mas que nunca dispuesto á aceptar los ofrecimientos de Wallenstein, y la contestacion que dió á Arnim, á pesar de ser muy vaga y acentuar el carácter conservador de la política sajona, en general encaminada únicamente al restablecimiento de la paz, contenia la autorizacion

para que los ejércitos no solo se unieran para lograr «la pacificacion del Sacro Romano Imperio y el restablecimiento de las leyes fundamentales del mismo y de la libertad alemana,» sino que además «cooperaran lealmente» á este fin. De suerte que Juan Jorge consentia entonces en lo mismo que en junio habia rechazado en Chmelen á pesar de las razones de Arnim. Casi en el mismo sentido se expresó tambien el elector de Brandeburgo, á quien Arnim visitó en Beeskow en 19 de setiembre. Los dos electores, al obrar así, lo hacian sin pensar en la cooperacion de Suecia. Todos creían que la union con Wallenstein era un hecho inmediato, y con esta esperanza regresó Arnim al campamento de Schweidnitz.

Así las cosas, el día 26 de setiembre Wallenstein insistió de repente en aquella idea por él enunciada durante las negociaciones de agosto, de arrojar en union de Sajonia y Brandeburgo á los suecos de Alemania. Sea que las poco explícitas manifestaciones de Oxenstierna no le satisficieran ó mas bien le disgustaran en alto grado al ver la conducta vacilante del canciller, sea que consiguiera tranquilizarle un comisario imperial amigo suyo que en setiembre se presentó en su campamento, lo cierto es que quiso romper completamente toda relacion con Suecia, que probablemente no sin grandes vacilaciones habia aceptado en sus negociaciones con Arnim, é inducir á Sajonia y á Brandeburgo á que se unieran con él para atacar juntos á los suecos.

Ya se comprenderá que los que mas se indignaron con esa nueva deslealtad del friedlandés fueron los emigrados bohemios; tambien se disgustaron mucho con esta conducta de Wallenstein el elector de Sajonia y mas aun el de Brandeburgo, habiendo declarado Jorge Guillermo que era preciso no volver en ningun caso á entrar en tratos con el general. La indignacion del de Sajonia no pareció ser tan duradera, pues al cabo de muy poco tiempo ya volvemos á oír hablar de nuevas negociaciones entabladas con Wallenstein sobre la base del restablecimiento del antiguo estado de cosas existente en el Imperio en los tiempos de Rodolfo y de Matías.

Siguiendo su antiguo sistema, Wallenstein quiso dar fuerza por medio de algunas victorias militares á las negociaciones ahora planteadas sobre una nueva base que los sajones, á pesar de todo, no estaban dispuestos á aceptar lisa y llanamente; en su consecuencia ordenó á Gallas, que habia sucedido al general Holck recientemente fallecido, que penetrara en Sajonia, principalmente con el objeto de obligar á las tropas sajonas á acudir á la defensa de su patria, es decir, á que se separaran de los suecos en Silesia. Conseguido este objeto, Wallenstein atacó con todas sus fuerzas al ejército sueco que se habia quedado en Silesia á las órdenes de Thurn y de Duval, cayendo sobre las posiciones aisladas que ocupaban en Steinau del Oder. Los suecos en número de 6.000 hombres hubieron de capitular (10 de octubre) despues de haber sido vencidos por Schaffgot en un combate de caballería. Los soldados fueron incorporados al ejército imperial; en cuanto á los oficiales, incluso Duval y el enemigo mortal del emperador, el conde Thurn, se les permitió retirarse libremente, pero con la condicion de que entregarían á los imperiales todas las plazas que ocupaban en Silesia, país que al poco tiempo estaba completamente en poder de Wallenstein.

Este nuevo triunfo, tan brillante como sorprendente, produjo por el pronto un cambio pasajero de opinion en las esferas gubernamentales de Viena, y las cartas que desde aquella capital se dirigieron á Wallenstein despues de la victoria están concebidas en los términos mas expresivos de regocijo y agradecimiento. El mismo residente español en el campamento de Wallenstein tributó á este los elogios mas

incondicionales y escribió al emperador: «Ahora el enemigo se verá obligado á firmar la paz, y los asuntos que interesan á la religion, á V. I. M. y á la casa de Austria se elevarán á una altura que hasta ahora no habian jamás alcanzado.»

Una tras otra, las ciudades de Silesia, incluso Breslau que fué la última, franquearon sus puertas á Wallenstein, cuyas tropas siguieron avanzando hasta penetrar en Brandeburgo y se apoderaron sin lucha de Francfort del Oder. Wallenstein pensaba invadir directamente Sajonia para obligar á

Juan Jorge á que entrara en las negociaciones nuevamente entabladas y aun llegó á marchar sobre Gorlitz: el generalísimo imperial recobraba todo su poderío; parecia que en sus manos estaban los destinos del mundo entero. Y sin embargo, tres meses despues moria asesinado en el palacio de Eger.

Perplejo se encuentra el historiador cuando quiere precisar el momento en que estalló el indescifrable conflicto entre



MATTHIAS CONTE DE GALLAS CONSEILLER
ET CHAMBELAN DU ROY D'HONGRIE ET
GENERAL DANS SES ARMEES.

B. Moncornet sculpsit Cum Privilegio Regio

El conde Gallas. Facsimile de un grabado de B. Moncornet

el emperador y su general. Las negociaciones de paz que sin interrupcion habia mantenido Wallenstein con Sajonia y Brandeburgo no lo habrian por sí solas producido, pues acerca de lo que en ellas habia de peligroso el emperador no tuvo, á lo sumo, sino algunas noticias vagas, y en cuanto á la parte de las mismas que Wallenstein le comunicó habia en ellas, si no un acuerdo completo, cuando menos un fundamento comun, tanto que la misma idea de una restauracion parcial de la casa del Palatinado, siquiera no fuese hasta despues de muerto Maximiliano, no pareció del todo inaceptable aun al mismo padre Quiroga. Es mas, hubo un momento en que la corte imperial, influida por Eggenberg y con no poca indignacion del partido católico-jesuita, estuvo dispuesta á aceptar el año normal de 1618, no para los territorios hereditarios, pero sí para el Imperio: hasta este punto

llegaron los comisarios imperiales en Leimeritz. Eggenberg, contestando á las censuras que los jesuitas y el confesor del emperador, Lamormain, formularon contra él, díjoles que el emperador tambien tenia sus teólogos y que estos opinaban que podia perfectamente pactar convenios en este sentido con los heterodoxos del Imperio. Aun despues de la partida de Schlick no se opuso el emperador á las negociaciones nuevamente entabladas por Wallenstein con los sajones: en cuanto á las seguidas con los suecos ninguna noticia tuvo de ellas el soberano. Que no se opuso á aquellas pruebas una carta que en 18 de setiembre dirigió á Trautmannsdorf manifestándole que Wallenstein le habia preguntado qué conducta debia seguir respecto de Arnim, á lo que habia él contestado, despues de meditarlo mucho, que todo dependia de que realmente se firmara una paz permanente con